

*Morel, presencia de un olvido*

**Adiós Morel. Hola Morel.**

“Más significará peor”. Martín Amis.

La vida de Morel se ha caracterizado por la oscuridad de muchos años de su existencia pues ni su entorno ni la historia inmediata supieron vislumbrar la significación de su obra. Tratar de conectarnos con sus producciones y de comprender su situación vital nos ha llevado al planteamiento de múltiples interrogantes, entre los que sobresalen el verdadero motivo de sus años de ostracismo, tanto en Buenos Aires como en Quilmes, la absoluta ausencia de vínculos sentimentales y la controvertida realidad de su legendaria locura, que indudablemente no tuvo en el asesinato de Dupuy su origen. Intuimos, más por omisiones que por acciones, que se trató de un hombre de carácter tímido, con tendencia al aislamiento, vulnerable ante las características de su propia personalidad, que le impidió dar lo que la sociedad esperaba de él y le demandaba. Pensamos que tan sólo aspiraba a vivir lo que espontáneamente partía de él pero que se le hizo imposible hacerlo en el ambiente en que le tocó existir, con las mentalidades de su tiempo y la clase social de pertenencia. Sufrió una soledad a la que lo llevaron tanto las condiciones de su existencia como el trabajo que había elegido desarrollar. Se lo catalogó de loco y no le quedó otro camino que asumir el papel que la sociedad le confirió. No descartamos sentimientos de humillación y de vergüenza pues uno de los elementos que construyen la dignidad humana es el libre ejercicio de las habilidades y de las tendencias con las que la naturaleza la dotó.

Nos imaginamos el sentimiento de resignación frente a la mezquindad de sus contemporáneos y a ciertas deslealtades que debió afrontar. No fue una persona de la que se supiera que manifestara nunca dolor por su destino ni se han registrado declaraciones estridentes reclamando por su situación. Tampoco conocemos qué esperaba de la correspondencia de la posteridad, a la que ni siquiera habrá imaginado.

Probablemente se trate de una lamentable característica de la historia del arte argentino que ha valorado lo extranjero y postergado lo propio. Morel, como sus contemporáneos, ha sido la simiente de una prolífica y rica producción artística nacional. Es bueno en este punto volver a tener en cuenta una de las afirmaciones iluminadoras de Borges quien, refiriéndose a la cultura en general, sostuvo que cada etapa ha creado sus propios precursores. Y, agregamos nosotros, ha sembrado un mar de interrogantes que hemos intentado navegar.

Confesamos nuestra aflicción al tener que despedirnos de Morel. Él presidió nuestras visitas a los museos, navegamos en Internet buscando el ‘territorio’ que habitó, estuvo siempre presente en las bibliotecas y librerías donde en su nombre seleccionábamos textos. Con el juvenil porte romántico debido al pincel de García del Molino o con la barba blanca de la fotografía que se le tomó a los 76 años, fue nuestro compañero de ruta en estos años. Nos queda el consuelo de haber intentado darle voz a su silencio, sentido a su destino y presencia a ese ‘fuera de escena’ que lo caracterizó.



*Morel, presencia de un olvido*

Y aquí estamos, en la hora de las despedidas. Algunas escenas de esta existencia, creímos se repetirían indefinidamente en nuestra imaginación pero no es así. Hay un fin. Pero, parafraseando al poeta inglés Thomas S. Eliot, decimos que nuestro propósito ha sido que esta exploración arribe a donde empezamos “y conocer el lugar por primera vez...”

